

Tribuna

TEATRO DE LAS COMUNIDADES ESPAÑOLAS

Jose
MARTIN RECUERDA

NUNCA ha habido mejor teatro en la Historia de la Humanidad que aquel que hicieron pueblos enteros. La Historia nos demuestra cómo en Grecia el teatro preliterario fue la antorcha que iluminó a la gran tragedia griega. El sentido del rito, del misterio y de lo trágico existían ya en aquellas comunidades de pueblos griegos que, en las primaveras, se unían e iban por bosques, disfrazados con coronas de hojas, pintadas las caras de hollín y cantando y danzando expresaban en ritos inigualables el sentido misterioso y trágico que les hacía padecer. La poesía que se encuentra en los ritos de los pueblos es tan profunda como la angustia del ser humano que llega a un estado de inanición. El sentido misterioso y trágico del hombre consistente en la separación de su dios o dioses, es algo que ha preocupado a la Historia de la Humanidad desde Esquilo, o el hombre oriental del monte Kagura, hasta nuestro Unamuno, quien decía respecto a su angustia por el más allá: «Dios mío, si creo que existes es porque tengo la necesidad de que existas.» El hombre en sí quiere ser intemporal, tiene miedo a la muerte, se diga lo que se diga, y mientras vive quiere tener un amplio deseo de libertad y de justicia y hasta un gran respeto por la colectividad en que vive.

Este sentido de poesía-rito y de misterio trágico dieron lugar a un teatro de comunidades cuya impronta más destacable fue el sentido de lo popular; teatro donde las colectividades no sólo expresaban su deseo de libertad y de justicia, sino la alegría dramática de la fiesta. Se ha dicho muchas veces que no hay teatro sin fiesta trágica, y a esta fiesta se une la alegría del cante y el baile, enraizada con el sentido trágico de los hondones del alma humana.

Estoy repleto de alegría porque mis pueblos españoles se levantan de un modo espontáneo para expresar sus sentires por medio del teatro. Quizá la España llamada del cambio haya

hecho que una gran parte de la juventud se esté salvando del pasotismo y del no futuro bajo el común denominador del santuario donde el hombre guarda lo más recóndito y lo mejor de sí mismo: aquello que se encuentra en los sentimientos para hacer arte colectivo por medio de la larga y espinosa escalera que hay que subir para llegar a unas tablas y saber comunicarse con los demás.

He observado en mis correrías últimas por España y por mi Andalucía que existe una gran cantidad de comunidades españolas que están haciendo su teatro. ¿Sabéis lo que supone este hacer?: descentralizar el caduco y falso teatro, burgués y con ribetes inútiles capitalistas, que se ha centrado siempre en el Madrid de los transeúntes. Los teatros de la capital de España se hunden poco a poco, mientras una juventud avasalladora y comunitaria se levanta haciendo arte, ávida de buscarse; ávida de tener sus escuelas dramáticas que no amaneren, sino que, sin ignorar ninguna técnica del mundo oriental ni occidental, recojan las raíces de las entrañas de las diversas regiones de España para ofrecer al mundo un teatro hispano, de peculiaridades propias que, hoy por hoy, no existe. Bien es sabido que la cultura exige un personalismo que hoy no tiene en España, y la cultura de una colectividad, un personalismo mayor. Es muy fácil de encontrar —y lo está encontrando—: sólo hay que ahondar en las raíces de la tierra de nuestros pueblos, al grito sereno de libertad y justicia. Y aquí está el verdadero teatro: cuando ya nos hemos liberado del colonialismo extranjero para imponer nuestra propia personalidad. Y de esto la juventud española se ha dado perfecta cuenta. Tenemos ya una juventud que ha superado los foráneos hippismos y pasotismos para lanzarse en busca de una liberación auténtica y no encadenada a paraísos de evasión. Es una juventud que busca en España y por esa búsqueda intenta encontrar la libertad propia y la de sus semejantes: hay un

sentido de renovación humanista en el teatro de las comunidades españolas.

DESDE la cátedra Juan del Enzina de la Universidad de Salamanca se están dando los primeros pasos hacia este mundo liberador de querer encontrar una dramática viva, hecha por pueblos enteros que reclaman sus derechos a la cultura, a la justicia, a la libertad y al respeto al amor para el semejante: una juventud que se mentaliza con el más fiel sentido que encierra la palabra democracia. Mi alegría es grande. Al fin se va consiguiendo la lucha de toda mi vida: tanto por lo que luché en mi obra dramática como en mis enseñanzas desde los claustros universitarios salmantinos.

Será ahora el pueblo almuñequero de Granada quien pondrá en las tablas del teatro Juan del Enzina, de la Universidad de Salamanca, nada más y nada menos que el episodio ocurrido durante la Segunda República, concretamente el año 1933, sobre los hechos acaecidos en Casas Viejas (Cádiz); episodio que el grupo «Jitanjáfora», de Almuñécar, titula «Morir en Andalucía». Adelante. Asombroso para mí que el grupo esté compuesto de albañiles, campesinos, modistas, panaderos, estudiantes, licenciados en paro y hasta catedráticos en activo. ¡Adelante, mi pueblo almuñequero! Espero que os sigan los demás pueblos y, sobre todo, el grupo La Zoca, de Motril, y nos puedan traer pronto la investigación que están haciendo del Motril del siglo XVIII, cuando aquella famosa tonadillera llamada La Caramba revolucionó no sólo a Motril, sino al pueblo madrileño y a sus reyes, para morir con un cilicio a la cintura, demostrando su pudor y honestidad. Adelante todos los que sigan a las comunidades andaluzas. Adelante las comunidades manchegas, castellanas, catalanas, gallegas, vascas... Adelante, repito: sois mi consuelo y mi futuro. Un futuro y consuelo que hago extensivo a España y al teatro español.